

D. JUAN ALVAREZ.

1790-1867.

I.

EN prominente lugar debe colocarse, entre las distinguidas personalidades históricas que figuran en este libro, al insigne patricio D. Juan Alvarez, que consagró su vida entera, primero en luchar durante once años por la independencia de su país, y después en sostener todo el resto de su existencia las instituciones más avanzadas y liberales.

El hombre fué completo; immaculado el patriota; firme y constante el liberal; sin tacha el republicano.

D. Juan Alvarez poseyó señaladísimas virtudes. Profesó cariño entrañable á la fiel compañera de sus dichas é infortunios, y empeñóse en dar esmerada educación á sus hijos. Amigo leal y desinteresado, hizo de la amistad un culto, y le hirió mucho la ingratitud de los pocos que lo engañaron.

Poseyó además talento natural, aunque poca instrucción, y conocimiento profundo de los hombres, fruto de su larga experiencia y de su mucha desconfianza.

Extremadamente modesto, llegó á confesar sus propios defectos, y rayó en tanto su humildad que se hacía aparecer más rudo de lo que era, dando con este motivo ocasión á sátiras tan soeces como injustas.

Su honradez fué grande, pues siempre trató de persuadir "que el ser hombre de bien cuesta poco y vale mucho;" y cuando una vez se le propuso que proclamara un plan contrario á sus convicciones, en cambio de una cantidad considerable, se indignó tanto, que no hallando frases bastante enérgicas para rechazar tan infame proposición, se contentó con decir secamente:—¡No me vendo!

Su amor á la patria llegó hasta el fanatismo, y la defendió siempre, ya como insurgente desde el año de 1810, ya como hombre libre en contra de las invasiones extranjeras.

Respetó tanto á los héroes que cuando oía pronunciar el nombre de Morelos se ponía en

pie y se descubría, y cada año, en el aniversario del inicuo asesinato de Guerrero, derramaba candentes lágrimas.

Su sencillez republicana fué grande: lo demuestra la apéclota siguiente, no única en los anales de la historia, pero sí tarda en repetirse al través de los tiempos.

Cierta ocasión, sentado en el dintel de la puerta de su hacienda de la "Providencia," vió venir por el camino de México y á todo escape montado en un caballo, á un oficial del ejército que traía varios pliegos en la mano.

Llegó el oficial; apeóse violentamente, y al ver la humilde actitud y el traje sencillo de aquel hombre, le arrojó las riendas del caballo y le dijo con brusquedad:

—Pasealo!

D. Juan se levantó, tomó las bridas, y comenzó á pasear al animal.

Entretanto, el portador de los pliegos había entrado á la casa de la hacienda, y al preguntar por D. Juan Alvarez, una pobre mujer le había dicho:

—Ahí está, el que cuida el caballo de Ud.

El oficial, confuso, comprendiendo la abrumadora situación en que se hallaba, salió y al acercarse á D. Juan Alvarez, comenzó á ensayar una disculpa en estos términos:

—Mi General. . .

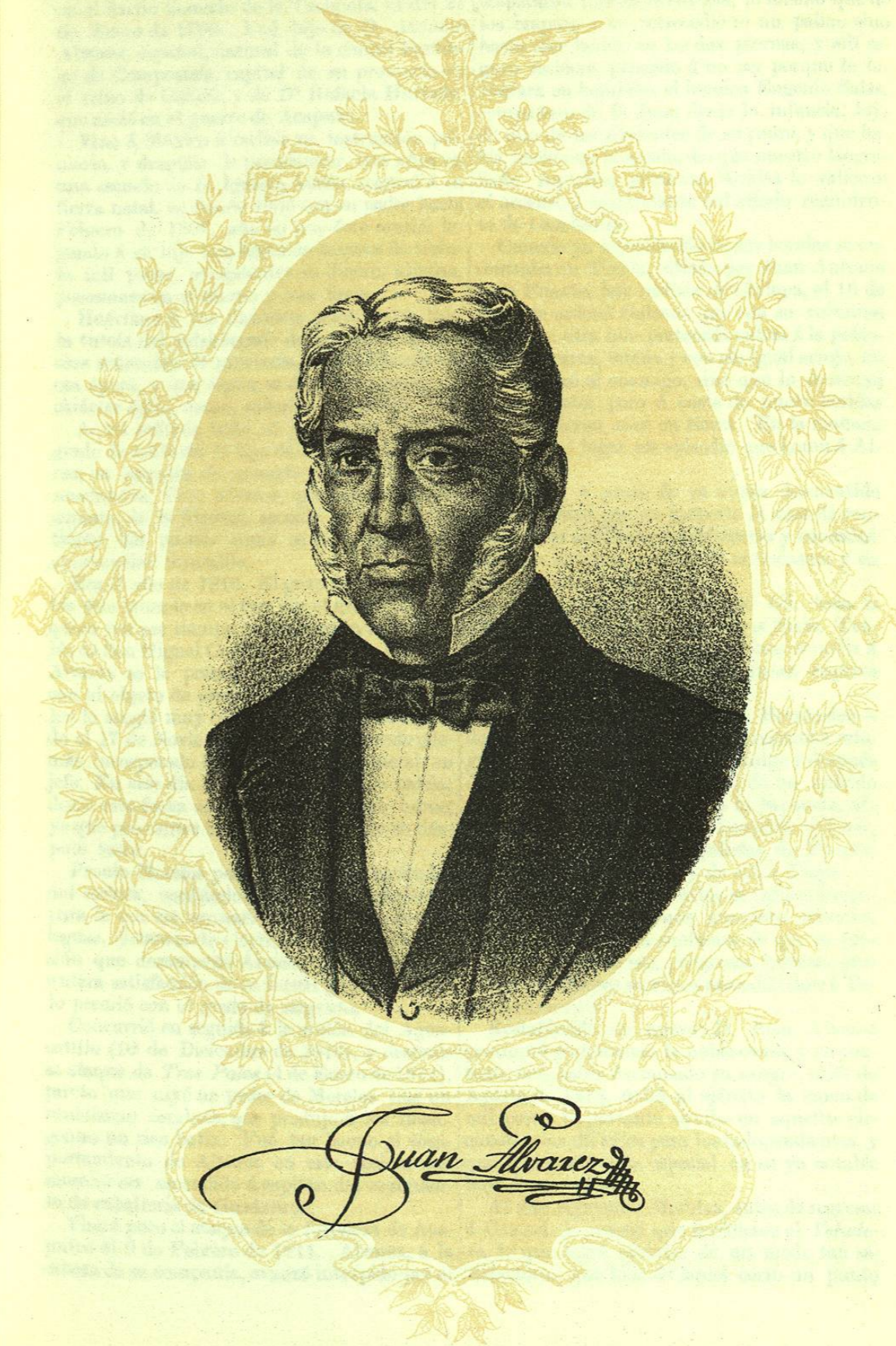
Alvarez lo interrumpió y le dijo sonriendo y tocándole el hombro:

—¡No tengas cuidado, muchacho; aquí todos somos iguales!

Creemos inútil insistir: este rasgo pinta al verdadero demócrata, cuya vida que vamos á narrar, acentuará su carácter, apenas bosquejado en las líneas anteriores.

II.

D. Juan Alvarez nació en el antiguo pueblo de Santa María de la Concepción Atoyac, que hoy lleva su nombre; pueblo perteneciente á la subdelegación de Tecpam (actual distrito de



Galeana) de la entonces provincia de México, en el barrio llamado de la Tachuela, el día 27 de Enero de 1790. Fué hijo de D. Antonio Alvarez, español, natural de la ciudad Santiago de Compostela, capital de su provincia en el reino de Galicia, y de D^a Rafaela Hurtado, que nació en el puerto de Acapulco.

Vino á México á recibir su instrucción primaria, y después de permanecer tres años en una escuela de D. Ignacio Avilés, regresó á su tierra natal, en donde vivió con su padre hasta Febrero de 1807, año en que éste murió, legando á su hijo una herencia de cerca de treinta mil pesos, consistentes en dinero, alhajas, posesiones en el campo y una finca.

Huérfano á los diecisiete años, cayó bajo la tutela del subdelegado de Acapulco, uno de esos señorones de provincia, muy comunes en esa época, y que según se dice, era además de carácter agrio, avaro, soberbio y orgulloso.

Aquel señorón trató al joven muy mal, al grado de convertir al hijo de D. Antonio Alvarez, en *vaquero de ganado* y en cuidador de sementeras. Pero Alvarez, que desde niño fué amante de la libertad, sacudió el yugo de su tirano tan pronto como se le presentó una oportunidad favorable.

Era el año de 1810. El grito de Dolores había sido lanzado en el Sur por el gran Morelos, quien por ese tiempo se encontraba en el pueblo de San Miguel Coyuca, de la Costa Grande. Alvarez se le presentó montado y equipado, con el objeto de prestarle sus servicios. Morelos lo acogió muy bien, y sentó plaza de soldado el 17 de Noviembre de 1810, quedando además incorporado á la escolta del General en jefe. En este día nació Alvarez para la patria; desde esta fecha comenzó á vivir como héroe; ya que poco antes había sido esclavo de su despotista tutor.

Pronto Morelos puso á prueba las aptitudes del recluta, confiándole una difícil comisión, para la que era necesario atravesar más de cien leguas, distancia de Coyuca á Zacatula; comisión que desempeñó Alvarez en cinco días, á entera satisfacción de su ilustre general, quien lo premió con el grado de sargento.

Concurrió en seguida á la acción del Aguacatillo (10 de Diciembre de 1810), y después al ataque de *Tres Palos* (4 de Enero de 1811), punto que cayó en poder de Morelos tras un renidísimo combate, que produjo á los insurgentes un rico botín. Fué tan bueno el comportamiento de Alvarez en esta acción, que mereció ser ascendido á capitán del regimiento de caballería de Guadalupe.

Vino á poco el ataque de la fortaleza de Acapulco el 9 de Febrero de 1811. Alvarez, á la cabeza de su compañía, avanzó intrépido por el

puente levadizo del castillo, de donde se le dispararon fuertes descargas, lo mismo que de los buques, y no retrocedió ni un palmo sino hasta caer herido en las dos piernas, y allí seguro hubiera perecido á no ser porque lo levantara en hombros el heroico Eugenio Salas, compañero de D. Juan desde la infancia, hijo de uno de los sirvientes de su padre, y que había nacido en el mismo día que nuestro biografiado. Aquellas primeras Heridas le valieron el ascenso á comandante del citado regimiento de Guadalupe.

Cuando ya restablecido de sus heridas se encontraba en Tixtla, sitiada por Juan Antonio de la Fuente, jefe realista de Chilapa, el 16 de Mayo le ordenó Galeana que con su columna rechazase otra que pretendía entrar á la población. Alvarez, sereno y con sin igual arrojo, no sólo rechazó al enemigo, sino que lo destruyó por completo; pero á costa de nueve heridas que lo hicieron caer en tierra. En la mañana del 17 tuvo lugar un episodio que honra á Alvarez.

Galeana, á pesar de su nunca desmentido valor, acarició por un instante la idea de rendirse, al ver sus fuerzas debilitadas y cansadas. Lo supo Alvarez, y lleno de entusiasmo y en tono conmovedor le dijo:

—Señor brigadier, sacrifique Ud. toda la guarnición si es posible, pero no se rinda. Tengo la creencia de que pronto nos auxilia á nuestro general Morelos, que nunca esquivó ni los combates ni los peligros.

“Así fué:—dice el Sr. Pérez Hernández—dos horas después, Morelos se presentó á retaguardia y flanco derecho del enemigo y después de una acción de once horas, de un nutrido fuego y de repetidas cargas á la bayoneta, alcanzó el Sr. Morelos la más completa victoria, destruyendo las fuerzas realistas de Fuente, que huyó hasta Chilapa y de allí á Tlapa.

“Pasada la acción, Morelos se informó repetidas veces del estado que guardaba Alvarez, y cuando adquirió la confianza de que su protegido salvaría de sus peligrosas heridas, premió sus brillantes servicios ascendiéndole á Teniente Coronel.”

Restablecido de nuevo D. Juan Alvarez prosiguió sosteniendo la noble causa, y no contento con haber derramado su sangre, el 29 de Agosto de 1812, cedió al ejército la suma de mil pesos, importante auxilio en aquellas circunstancias difíciles para los independientes, y que le mereció nota especial en su ya notable hoja de servicios.

Al año siguiente, Morelos, antes de regresar á Oaxaca, le ordenó que fortificase el *Veladero*, lo que logró ejecutar de un modo tan satisfactorio, que hizo de aquel cerro un punto